

á sus hijos en el lance mas tremendo de la vida? ¿Por qué en vez del llanto que exhalamos al pié del ataud de nuestros padres, no entonamos un cántico de gracias en honor del hueso? ¿Por qué quisiste, Dios mio, alumbrar nuestra faz de incertidumbre con la luz de la revelación? ¿Por qué?... por que todo está dispuesto segun la infinita sabiduría y la infinita bondad. ¿Por qué?... porque es mas grato á la vista del Señor, la resignación humilde á sus decretos, que el cántico de gracia, porque el misterio que encubre la tumba, es el freno de las pasiones destructoras, y el principio de todas las virtudes, es el muro de bronce en que se estrellan los crímenes, y la áncora de esperanza que enclavada allá en la eternidad, asoma al desgraciado y al arrepentido.

II.

Oiga la voz del dolor! el gemido del desconsuelo que destroza el corazón, se hace oír por todas partes: una familia consternada mira los restos mortales de una criatura de virginal pureza, de una hija, de una hermana, que era la esperanza de los suyos, el consuelo de los desgraciados, el encanto de los que tuvieron la dicha de hablarla una sola vez. Era una flor que exhalaba olores perfumados, era una joven llena de gracia y hermosura, un ser lleno de bondad y de delicadeza, su rostro era un signo de celestial candor, sus palabras revelaban un noble y tierno corazón, su mirar sosegado y apacible, retrataba el alma en que impera la virtud. Todo acabó, todo se desvaneció como se desvanecen los ensueños de felicidad. El mundo le preparaba un tálamo, la antorcha y los cánticos de himeneo; contemplada ahora vestida para el sepulcro, mirad ese lúgubre ropaje que pronto destruirá el insecto, esos cirios funerarios y la corona de las rosas del olvido, última diadema de las vírgenes. Contemplad ese rostro lleno de dulzura, cubierto con el tinte melancólico de la muerte: esos ojos ayer interesantes y llenos de languidez, no volverán jamás á dirigir una mirada de mujer, una mirada de amor ó de piedad; esos labios que en días felices exhalaban palabras de ternura, temblaron convulsivos con la agonía de la muerte, y se cerraron para siempre; ese pecho misterioso de sensaciones no se agitará suavemente á impulsos de un suspiro, como las olas de un puerto bonancible á impulsos de las brisas. La muerte con su ferrea mano ahogó

los suspiros, apagó los pensamientos y las sensaciones, reprimió los dolores en la agonía, y dijo con la voz misteriosa y aterradora á los sepulcros: "Cesad, oh mundo, tu imperio sobre la criatura del dolor! y tú, criatura hecha á la imagen y semejanza de un Dios, venid á participar de los misterios que encubro con manto de tinieblas; rompióse el hilo imperceptible que une la ilusión á la verdad, cumpliése el término á mi sola revelado, apagóse la antorcha que alumbraba las vanidades de la vida... volved el aliento de divina esencia que el Señor os infundió en el seno maternal, venid á mí, para el mundo, al olvido y á la tumba, para el cielo á la eternidad."

III.

La vida, el mundo: Qué es la vida? un piélago de zozobras y de penalidades, el mundo un piélago desinietro resplandor en que brillan los crímenes, y débiles se reflejan las virtudes; el mundo y la vida, todo mentira, toda ilusión, que se desvanece en un suspiro de agonía, al toque funeral de una campana. Una joven que aparecía en la escena del mundo, con todos los atractivos de la seducción, una joven que volaba en pos de una esperanza colorida, yace en el fétetro en la primavera de la edad. La mano de la muerte arrancó el tallo de la flor que pomposa un día, se mecía en el jardín de la vida, y abrió la senda de la morada celestial á una alma llena de virtud y de pureza. Si, joven interesante, rompiste los lazos que al mundo te unían, para gozar eternamente; sacudiste una vida miserable para asentarte al lado de los hijos que gozan de ventura, llevaste la corona de la virginidad, y los últimos tormentos, para colocarlas en el altar de vida del Omnipotente, y el te recibió en los brazos de la misericordia, te señaló lugar en el empuero, y los ángeles en sus harpas de oro cantaron acordes á la voz del Altísimo, el himno de la bien-venida. Ese es tu destino, ángel de luz, ese el premio de tus virtudes en la tierra, y el consuelo de una familia que llora la horfandad.

IV.

UNA MADRE.

La iglesia católica canta la paz de los difuntos en lúgubres plegarias, y la campana del templo del Señor anuncia al mundo la despedida de un hijo de la tierra.

Una madre al pié del fétetro, llena de angustia y de dolor, estrecha el cuerpo exánime de la hija de su corazón. Quién pintará el dolor de una madre? Contemplada descubriendo el paño funerario, y estampando en la frente livida de su hija, el beso doliente de la despedida: mirando esas lágrimas que ardientes se desprenden de sus ojos, sin el gemido de las últimas palabras de ternura que en la tierra la dirige, mezcladas con la plegaria que se levanta hasta los cielos. Pobre madre! Creéis que es solo una negra pesadilla el triste espectáculo que tenéis á la vista, creéis que no es posible que pudiese haber en el mundo dolor tan profundo! pobre madre! El cántico de la iglesia te despierta de ese horrible ensueño, y tus lágrimas y tus gemidos de dolor y desesperación, mezclados á la voz grave del sacerdote, te re-

cuerdan el dolor mas íntimo y mas puro que experimenta la criatura, al mismo tiempo que el consuelo mas solemne y elevado que mitigue tu dolor.

V.

Conformidad, hija del cielo! Yo te invoco, tú que moras al lado de la Divinidad, ven á estender tus alas maternales sobre una familia desolada, ven á asentarte tu trono á este mundo tumultuoso, á enjugar el llanto del desgraciado, á infundir paz y resignación al hombre: ven á regenerar esta mansion toda de debilidad: así podremos llamarnos felices en medio de nuestra miseria, así podrá ser este valle de lágrimas una sombra de la morada celestial.

Hermosillo 18 de octubre de 1843.

Manuel Montercade.

A UNA DESCONOCIDA.

I.

Yo te saludo, criatura angelical! alma ennoblecida por el amor, luz y encanto de mi vida! te saludo con el acento del placer y del delirio!

II.

Hermosa mía, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio, deja que gocen y que lloren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes se sepulsen en el abismo, mientras un viento bonancible, linda mía, agita tus cabellos perfumados, y lleva á tus labios de rubí un beso del que te ama.

III.

Ángel mio, no despiertes de ese ensueño que trae á tu memoria la imagen de tu amante, de ese ensueño que llaman vida y es amor; no rompas el velo misterioso que encubre esa ilusión, porque esa ilusión es toda de vida, y la vida es el amor.

IV.

Tú eres el ángel de la hermosura y del placer, prenda mía, ¿por qué no apuraré en tus brazos un deleite que me quite la razón ó la vida? ¿por qué no beberé en tus labios, como en un cáliz de delicias ese aliento de fuego y de armonía que abriga á los mortales?

V.

Yo vi tus ojos, alma mía, los vi que brillaban como estrellas de diamante en el azul del cielo, ¿te acuerdas que esos ojos se inclinaron á la tierra, virgen mía, á un beso de mis labios? ¿por qué los levantaste otra vez anegados en placer y en turbación? ¿querías la vida de tu amante?

VI.

¡Ah! ¿por qué no pasaré á tu lado las horas que el amor hace inquietas y deliciosas! ¿por qué ese seno de rosas y azucenas no se estrechará con este corazón todo de fuego, y que vuelva en alas de un suspiro para confundirse con el tuyo!

VII.

Ven, adorada mía, no mas penas; ven y muramos juntos, ven y agota los placeres en mis brazos, ven y apura en los labios de tu amante este fuego que abraza el corazón y deja eternas impresiones en el alma: vuelve á mí, oh muger! esos ojos en su convulsa agonía; confunde tu alma con el alma que te adora; quitame la vida.... yo dirigiré al mundo el último á Dios en un suspiro de deleite....

VIII.

Hermosa mía, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio; deja que gocen y que lloren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes, se sepulsen en el abismo, mientras un viento bonancible, linda mía, da color á tus mejillas y á tus labios purpúreos un recuerdo de tu amante....

Manuel Montevede.

MULTITUD de circunstancias desgracias, que no ha estado en nuestro arbitrio evitar, y entre las que ocupa un lugar no muy secundario, la pasada gloriosa revolucion, nos han hecho faltar al plan que nos habiamos propuesto, ocasionándonos no pequeñas pérdidas, que en nada contrariamos sin embargo, si aun

pudiéramos corresponder de una manera digna al aprecio que nuestros suscritores nos han dispensado tan bondadosamente; mas como la continuacion del periódico en el estado actual de la relacion no podría seguramente corresponder á nuestros deseos, hemos resuelto suspenderla con la lisonjera esperanza de continuar nuestras tareas, tanto para corresponder de alguna manera á los favores que durante la existencia del Liceo senos han dispensado, como para no dejar incompleta la Galeria de los Vireyes, parte quizá la mas útil del periódico.

Cuando llegue ese dia, grato para nosotros, lo avisaremos oportunamente, no queriendo que terraine este pequeño artículo sin espresar nuestros deseos de que ese término se aproxime y sin dar de nuevo las mas rendidas gracias á las personas que nos han honrado con sus suscripciones, haciendo un voto por su felicidad



INDICE ALFABÉTICO

DE LOS ARTÍCULOS EN PROSA CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

A.	
Abuelo (lo que me contó mi), por D. Juan de Azpeiturrea	87
Adios!, por J. M. del Castillo	152
A escribir!, por Anónimo	334
Aficionados (los)—Bosquejo de un cuadro de costumbres, por D. A. M. S.	49
Ajedrez (descubrimiento del)	225
Alameda (conversaciones en la)	192
Ana, por Ella	321
Aneco (célebre asesinato del mariscal de) 24 de abril de 1617. Traducido por P. M. de T.	209
Antiguos y Modernos, traducido y extractado por P. M. de Torrescano	24—54
Apuestas (las), por Malaespina	280
Arquitectura, por F. C.	258
B.	
Bertoldo Thorwaldsen.—Biografía traducida y extractada por T.	17
C.	
Calma (la). Traducido por D. L. M.	247
Cariteo, ó el gramático, por Vanvenargues	48
Carta apologética de D. Pantaleon Zacarias, escribidor de Galicia de la gerigonza, y articulo á Calamocha con motivo del sueño que este tuvo y cuya descripcion publicó en el Liceo Mexicano bajo el rubro del "Oceano de Tinta"	243
Catalina Theot (la secta de), por P. Torrescano	112
Chapultepec (un dia de campo en)	223
Colon (primer viaje de), y descubrimiento del Nuevo Mundo, por A. Rodriguez	174
Copérnico y su sistema, por P. T.	14
Cortas (los)—Apuntes biográficos, por M. Estova y Ulbarri	110
Corina, por D. P. T. Tiso	151
D.	
Derecho, discurso histórico (sobre el) entre los romanos, por Agustin Franco	326
Desconocida (á una), por D. Manuel Montevede	359
E.	
Ensayo	35
Estudios histórico-políticos, por Feldt	8
F.	
Fanatismo, por J. M. del Castillo	42
G.	
Fatalidad, por Agustin A. Franco	22
Filología.—Léngua turca	148
Florida (apuntes sobre la historia de la), por Carlos M. Saavedra	291—342
Fuente (la) de Eliseo, por F.	53
G.	
Galería de los vireyes de México.—D. Juan de Mendoza y Lina, marqués de Montes Claros, décimo virey de la Nueva-España, de 1603 á 1607, por Raton I. Alcaraz	5
D. Luis de Velasco el Segundo, conde de Santiago y primer marqués de Salinas, décimo primero virey de la Nueva-España, segunda época, de 1607 á 1611, por Carlos M. Saavedra	40
D. Fray Garofa Guerra, décimo segundo virey, de 1611 á 1612, por el mismo	52
D. Diego Fernandez de Córdova, décimo tercero virey, de 1612 á 1621, por el mismo	80
D. Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, décimo cuarto virey, de 1621 á 1624, por Raton I. Alcaraz	119
D. Rodrigo Pacheco Osoerio, décimo quinto virey, de 1624 á 1635, por Carlos M. Saavedra	144
D. Lope Diaz de Armentariz, décimo sexto virey, de 1635 á 1640, por el mismo	164
D. Diego Lopez Pacheco, décimo sétimo virey, de 1640 á 1642, por el mismo	171
D. Juan de Palafox, décimo octavo virey, en 1642, por el mismo	186
D. Garcia Sarmiento de Sotomayor, décimo noveno virey, de 1642 á 1648, por el mismo	201
D. Marcos de Torres y Rueda, gobernador de la Nueva-España, de 1648 á 1649, por el mismo	222
D. Luis Enriquez de Guzman, vigésimo primero virey, de 1649 á 1654, por el mismo	254
D. Francisco Fernandez de la Cueva, vigésimo segundo virey, de 1654 á 1660, por el mismo	253
D. Juan de Leiva y de la Cerda, vigésimo tercero virey, de 1660 á 1664, por el mismo	294
D. Diego Osoerio de Escobar y Llamas, vigésimo cuarto virey, 1664	336
D. Sebastian de Toledo, vigésimo quinto virey, de 1664 á 1673	350
D. Pedro Nuño Colon de Portugal y Castro, vigésimo sexto virey, 1673	356